

# PARABOLAS PARA CIEGOS, PARABOLAS PARA CIEGOS, PARABOLAS PARA CIEGOS, PARABOLAS PARA CIEGOS

## EL CAZADOR

Horacio Peña

Es un hombre de unos cincuenta años: alto, recio, tiene la fuerza del hombre rudo, del hombre que ha vivido siempre entre árboles, él también es ahora un árbol. Botas altas, chaqueta de cuero. Cuchillo a la cintura. En primer plano, en el suelo, la piel de un tigre, luego el hombre sentado en un amplio sofá, y detrás del hombre, pegada a la pared, la piel de otro tigre. A la derecha arde un fuego. A la izquierda una ventana. Una escopeta puede verse junto al fuego. Son las primeras horas de la madrugada. El hombre está en completo reposo, las manos sobre las rodillas, esa es la posición que tiene cuando se levanta el telón. Ha llovido. El hombre se pone de pie, sin prisa, camina despacio por la habitación, hay en sus movimientos una gran vitalidad, una gran energía felina. Se detiene junto al tigre que está en la pared y mientras lo mira con fijeza y desprecio.

—Ya será el tiempo. El tiempo tarda pero siempre llega, siempre llega y es pasado, eso es lo único que tenemos: el pasado. Pronto será tu muerte: lo hice ya la primera vez, la segunda vez, lo haré por tercera vez. Tendré que esperar un poco más, pero siempre tendré el tiempo necesario para buscarte y encontrarte y devorarte.—

(Se vuelve de cara al público, queda silencioso, da unas vueltas por la habitación, y de nuevo frente al tigre. Ahora agarra la nariz del tigre y la frota con violencia, con sarcasmo).

—No me olerás. No podrás descubrir ni mi presencia ni mi sangre. Soy más listo que tú. Fuí más listo que tu padre y que el padre de tu padre. Seré más listo que tú. Estaré junto a tí, frente a tí, y no me podrás oler, no descubrirás mi presencia, no olerás ni mi sangre ni mi cuerpo. No podrás oler ni tu misma muerte. El viento se levantará, aunque duerme ahora, se levantará, tigre, y te confundirá. Darás vueltas y más vueltas y levantarás al aire tu nariz, pero estarás sorprendido, sorprendido y asustado. No tendrás el buen olfato de siempre, tratarás de oler un cuerpo vivo pero sólo llegará hasta tí el olor de todos los cuerpos muertos: los hombres devorados, las ovejas devoradas, los corderos devorados.

(Ríe y mientras se vuelve de cara al público continúa).

—Te engañaré tigre, te engañaré y devoraré. El aire duerme ahora pero se levantará como una mujer en celo, se levantará para ver tu muerte, todos se asomarán a verla: los árboles, los pájaros, el río.—

(Todo esto lo dice mirando alternativamente al público y al tigre que está en la pared. A sí mismo).

—No podrás nada contra mí.—

(Va de nuevo al tigre que está en la pared, está frente a él como un hombre que estuviera en oración frente a su dios).

—Escucha lo que te digo para que cuando llegue la hora del encuentro lo recuerdes: no podrás nada contra mí, te lo advierto desde ahora: nada. Será un juego limpio, te digo que saldré a buscarte y a devorarte, te digo que lo único que me interesa en esta vida y en la otra, es tu muerte, tu larga agonía. Pero yo te mataré, no tendré que esperar que otros venguen todas las muertes que has hecho. Yo soy tu juez, yo dicto tu sentencia, yo la cumplo: muerte.—

(Se aleja de la pared, va hacia el centro de la sala y comienza a dar pequeños saltos sobre la piel del tigre que está en el suelo. Luego se detiene cansado, se pasa la mano sobre el rostro. De pie, mira al tigre que está en el suelo).

—No podrás escapar. Caeré sobre tí como el rayo, como la cólera de Dios, caeré sobre tí y te haré cenizas, te haré un montón de ruinas, un montón de huesos, y dispersaré tus huesos, los tiraré donde no puedan ser hallados y nadie podrá juntarlos ni encontrarlos, nadie, para que lo sepas te lo digo. Ya no habrá más sangre, más muerte, más miedo.—

(A sí mismo)

—Pero ahora yo tengo miedo.—

(Se sienta, se pone el rostro entre las manos y luego las pone sobre las rodillas. Está inclinado, encorvado).

—Tengo miedo y odio y tú lo sabes, tigre, pero lo que tú no sabes es la fuerza que tienen mi miedo y mi odio. Ojalá

que ya te hubiera devorado, ojalá me hubieras devorado tú, tigre. Pero tenemos que esperar, sé paciente como yo y espera.—

(Ríe)

—Espera por tu muerte. Estás cansado y lleno de odio contra mí, por eso devoraste al hombre, al pastor, pero yo fui el que dió muerte a tu padre y al padre de tu padre, les dí muerte porque habían dado muerte.—

(Con tristeza)

—Toda vida es una interminable historia de muertes.—

(Con furia)

—Devoraste a muchos inocentes, ellos no tenían nada que ver con la muerte que yo había hecho y ahora me quieres devorar a mí, pero no sabrás el sabor que tiene mi carne ni el olor de mi sangre y no lo sabrás nunca, porque morirás primero. Pero yo sí sé cómo eres, porque conocí a tu padre y al padre de tu padre, tus ojos deben brillar y quemar como brillaban y quemaban los ojos de ellos, pero yo sabré protegerme, tu luz te hará traición, el fuego de tu odio me enseñará el camino para llegar a tí y matarte.—

(Se calla, vacila, y luego)

—Pero el fuego de mi odio también puede hacerme traición, delatarme ante tu ojo.—

(Se calla, recorre la habitación con la vista. Tiene el gesto de un hombre lleno de temor que espera de un momento a otro que algo caiga sobre él).

—Pero no te escondes aquí, lo sé, me esperas fuera, más allá del río, más allá de los árboles, en la soledad y en el silencio de tu garra. No temas esperar porque saldré, yo también quiero verte odio a odio y fuego a fuego, no esperarás mucho, te lo prometo, sabemos lo importante que es el tiempo. Tigre, tigre, tigre.—

(Estas tres palabras las dice entre sollozos de cólera y de miedo).

—Te mataré por los hombres, por las ovejas que has devorado, te mataré, no verás ninguna otra mañana, ninguna otra noche...

(Ahora ríe)

—no volverás a acostarte con ninguna otra tigre. Cuídate bien de tu movimiento, cuida bien tu piel, porque no tendré compasión y supongo que tú tampoco tendrás ninguna compasión de mí, está bien, tigre, tienes toda la razón, acepto tu odio y tu venganza, tú haces tu justicia, yo también hago mi justicia, así está mejor, así no tendremos ningún remordimiento, sólo los inocentes tienen remordimientos pero tú y yo perdimos la inocencia con la primera muerte que hicimos y ahora sólo crecemos y nos multiplicamos en el mal.—

(Calla)

—Luego viene el arrepentimiento, pero tú y yo sólo tenemos tiempo para hacer el mal.—

(Se levanta, va al fuego y luego a la ventana, la limpia con la manga de la chaqueta)

—Me esperas más allá de las aguas, más allá de las piedras, más allá de las raíces, lo sé, me esperas levantando tu zarpa y dejándola caer, la levantas y la dejas caer una y otra vez, no te cansas de levantarla y dejarla caer como si ya estuviera mi cuerpo bajo tu garra, pero sueñas, yo estoy aquí.—

(Se calla, sigue junto a la ventana, ahora dice con calma).

—Hagamos un pacto, tigre, el mismo pacto que hice con ellos, prometámonos una muerte rápida, yo te daré una sola herida, pero tú tienes que prometerme darme un solo zarpazo, uno de esos zarpazos que abren heridas como ríos, como esas casas antiguas de donde salen mujeres enloquecidas dando alaridos. Sí, tigre, prometámonos una muerte rápida.—

(Ríe. Va hacia la pared y dice al tigre)

—Devoraré a tu hijo.—

(Va hacia el centro de la sala, se arrodilla y grita al oído de la piel del tigre)

—Devoraré a tu nieto.—

(Se levanta y se dice a sí mismo)

—Lo mataré y lo devoraré pero no lo haré sufrir. Sé que me espera preparando su garra, afilándola contra la piedra de su angustia.—

(Va hacia la pared, mira con fijeza al tigre y luego le mete los dedos en los ojos)

—Recuerdo tus ojos cómo me miraban, cómo me incendiaban, cómo atravesaban la oscuridad, buscándome, pero ahora están apagados, nunca creí que fuera posible poner noche a tu luz, pero ahora están secos, vacíos, porque esa luz la encendía tu vida llena de odio y ahora estás muerto, pero siguió tu odio brillando en otros ojos, eso no lo pude impedir—

(Va hacia el tigre que está en el centro de la sala, se arrodilla y le mete los dedos en los ojos)

—Aquí, en estos ojos vacíos, volví a encontrar tu fuego alumbrando odio, tus ojos eran más ardientes, quemaban más, porque odiabas más, porque el odio tuyo era más grande que el odio de tu padre, porque recibiste una herencia llena de odio y porque sumaste este odio a tu odio. Toda herencia está llena de sangre y de odio y la tuya no fue una excepción.—

(Se levanta en el centro de la sala, y desde ahí, mirando hacia la ventana)

—Y ahora tú me esperas con el fuego en tus ojos, con un fuego más negro que el de ellos porque has sumado el fuego y el odio de ellos a tu fuego y a tu odio.—

(Se calla, mirando siempre hacia la ventana)

—Tigre, tigre,  
ardiendo luminosamente  
en la selva de la noche.—

(En voz baja)

—Pero nadie escapa al peso de tu garra.—

(Se sienta en el sofá. Pone sus pies sobre la piel del tigre, como si fuera una alfombra).

—No he visto tu cuerpo todavía, pero me dicen que estás lleno de manchas, manchas roji-negras como quemaduras. Debes ser diabólicamente hermoso como la mujer que se aparece al solitario. Me odias, lo sé, pero te digo que yo te odio más todavía, todo un pueblo te odia, voy contra tí cargado de ese odio, tienes el odio de todo un pueblo, te aborrecen y detestan como detesta el pueblo al tirano que les arrebató la libertad y están atemorizados, eso lo sabes mejor que yo y que ellos, están llenos de temor, pero juegas peligrosamente, tigre.—

(Ríe con risita ahogada)

—Porque de este miedo nació el odio que acabará por devorarte. Ahora ya no bajan al río como antes, confiados en la paz de las aguas, porque del río sales tú para devorarlos, ni se pasean por la selva confiados en la paz de los árboles porque de los árboles saltas tú para devorarlos. Creíste que con cada muerte nacería más miedo y tenías razón, con cada muerte nacía más miedo en el pueblo, pero...

(Ríe a carcajadas)

—te olvidastes que de este miedo podía nacer la desesperación, sí, tigre te equivocaste.—

(Ríe, se calla y continúa)

—Ahora están más llenos de miedo que nunca...

(Ríe)

—pero están más llenos de odio que nunca y te van a devorar, aunque muera todo el pueblo te devorarán. Debes haber devorado a muchos para que tengan este miedo que con sólo oír tu nombre comiencen a temblar, pero también debes haber devorado a muchos para que con sólo oír tu nombre se les llenen sus ojos de noche. Te equivocaste, tigre.—

(Ríe a carcajadas. Ahora en completa calma)

—Recuerdo la mañana en que salí en busca de tu padre, la mañana en que salí en busca de tu abuelo, buscando la venganza por las mujeres que quedaron sin hombre, por las mujeres que quedaron sin hijos. Tú sumas el odio de dos muertos, yo sumo el odio de miles y de miles de muertos.—

(Se arrodilla junto al tigre que está en el centro de la sala)

—De todas tus muertes nació tu muerte junto al río.—

(Va hacia el tigre que está en la pared)

—De todas tus muertes nació tu muerte junto al gran árbol que está en medio del bosque.—

(Vuelve al centro de la sala, se sienta)

—Aquella vez las estrellas formaban una gran cruz en el cielo y podía ver todas las estrellas, todas las constelaciones, las estrellas fugaces, errantes, desgarrando todo el cielo.—

(Con tristeza)

—Hay muchas estrellas pero ninguna cruz. Esperaré, tal vez se forme antes de que comience el día.—

(Va hacia el tigre que está en la pared)

—Siete veces te escondiste y siete veces te encontré, te encontré y te devoré.—

(Va hacia el tigre que está en el centro de la sala, se arrodilla y le grita)

—Siete veces borrastes tus huellas y siete veces te reconocí, te encontré y te devoré.—

(Va hacia la ventana, la limpia con la manga de su chaqueta).

—No te ocultes bajo ninguna forma. Tratarás de huír siete veces y sólo formarás círculos y más círculos. Tu círculo comienza en un punto que es tu miedo y termina en otro punto que es tu muerte.—

(Ríe, siempre junto a la ventana)

—No te ocultes bajo ninguna forma, conozco cómo es tu cuerpo lleno de manchas rojinegras como quemaduras, sé cómo hueles.—

(Se vuelve de pronto hacia el centro de la habitación, con furia, con violencia).

—No tigre, no hagamos ningún pacto, te lo digo para que lo sepas, no protestes luego, desde ahora te lo digo, no hago ningún pacto contigo. Ellos eran más nobles que tú, mataban de un solo zarpazo, ninguna de sus víctimas tuvo una larga agonía. Me oyes tigre, ¿me oyes?. Oyeme tigre.—

(Grita estas dos últimas palabras. Con calma).

—No hago ningún pacto contigo. Ahora estoy tranquilo, ya sabes que no he hecho ningún pacto contigo, te lo digo para que lo sepas desde ahora.—

(Se sienta. Pasan varios segundos. Las manos sobre las rodillas. Se limpia el sudor con la manga de su chaqueta. Se voltea de espaldas hacia la ventana. Siempre sentado).

—Las estrellas, la cruz, tengo que verlas.—

(Va hacia la ventana y la limpia con las mangas de su chaqueta).

—Tiene que haber una cruz, hay muchas estrellas pero ninguna cruz. ¿Cuántas estrellas son necesarias para formarla? ¿cien, doscientas, mil?. Las contaré: una, dos, tres...

(Se agacha completamente y mira más fijamente que nunca a través de la ventana).

—Ahí, detrás de esa nube, está una estrella pequeñita, con esa tenemos cuatro.—

(Satisfecho)

—Cinco, seis, siete, ocho... Estoy cansado, no me importa que haya o no mil estrellas, no me importa que no se forme ninguna cruz, veo la cruz que se forma con la sangre de todos los hombres devorados y eso basta.—

(Mira el fuego desde la ventana y corre hacia él).

—Cállate, fuego, apágate, fuego. Me recuerdas sus ojos.—

(Trata de apagar el fuego con las manos y se retira gimiendo).

—Me comienzas a quemar tigre, me comienzas a devorar. ¿Dónde estás?—

(Se dirige al público)

—¿No quieren decirme dónde está? ¿no contestan?. Está bien, pero yo lo encontraré y lo mataré, y luego los mataré a ustedes porque no quisieron decirme dónde estaba, porque permanecieron en silencio presenciando tanta muerte, porque oían los gritos de los hombres torturados llenos de sangre y no dijeron nada, por eso los mataré a ustedes, porque también son culpables, aquí estoy yo para dar muerte al tigre y a todos ustedes, los mataré por no decir nada, por no hacer nada.—

(Escupe con desprecio en el suelo. Se calla. En el centro de la habitación se pasea lentamente, frotándose las manos).

—Ha llovido, tigre, no sé si la lluvia está contra tí o contra mí, porque descubriré tu rastro. Fue en verano cuando salí en busca de ellos, pero ni tú ni yo podemos esperar el verano, será en invierno, cuando hay lluvia y frío, un frío tan grande que ni mi odio puede calentarme. Eres listo, tengo que decírtelo, eres más listo que ellos, pero menos

noble, eso también tengo que decírtelo, porque ellos nunca dieron a nadie una larga agonía, caían sobre el hombre como saliendo de la nada; y todo terminaba con un solo zarpazo, con un solo espasmo. Pero tú te alegras en la muerte, te gusta hacerlos sufrir.—

(Calla y luego)

—Pero tal vez tú eres menos hábil en dar la muerte y no tienes ninguna culpa de su larga agonía.—

(Con cólera)

—Pero igual, los matas, y también creo que después de todo no eres tan inocente, juegas con ellos, los dejas correr, los haces creer que son libres, a cielo abierto, pero de pronto saltas enfrente de ellos y haces como si los vas a devorar como si ya les dejaras caer la muerte, pero todo es un engaño, porque luego los dejas correr de nuevo y tú desapareces para saltar otra vez frente a ellos, cada vez más cerca, quemándolos cada vez más con tus ojos, rodeándolos con tu fuego. Eres listo, tigre, tengo que decírtelo, pero no eres noble. Y luego te cansas del juego, pero todavía los haces sufrir, porque no dejas caer tu garra violentamente, sino que la suspendes sobre ellos y luego la dejas caer despacio, despacio, despacio, y cada vez que cae tu garra y cada vez que la retiras, te llevas algo de ellos. Te gusta ver sus ojos abiertos y las heridas que forman tus garras, pero la fuga te cansa y esto también te cansa, y de pronto todo termina, no por compasión, no, sino porque estás fatigado. Te gusta hacerlos sufrir, tigre.—

(Ahora saca el cuchillo y corta el aire, una, dos, tres, cuatro veces. Se tambalea pero no cae).

—Así te heriré, por cada muerte que has hecho tendrás una pequeña herida y luego pondré en ellas agua de mar para que sepas cómo los has hecho sufrir, para que sepas lo que es desear la muerte.—

(Ríe)

—Corto el aire con el filo de mi cuchillo.—

(Da una cuchillada)

—Corto el silencio con el filo de mi cuchillo.—

(Da otra cuchillada. Se dirige hacia el tigre que está en la pared y lo acuchillea, se dirige hacia el tigre que está en el suelo y lo acuchillea).

—Así te voy a herir, así, así, así.—

(Se detiene. Está cansado, gime. Se sienta en el sofá).

—Con el filo de mi cuchillo puedo matar todo lo que quiero. No escaparás, no tomes ninguna forma, sé noble una vez en tu vida y ven a mí, desnudo.—

(Se queda pensativo un rato y luego mientras ríe).

**Tigre, tigre,  
ardiendo luminosamente  
en la selva de la noche.**

(A sí mismo)

—Y este tigre tiene manchas sobre todo el cuerpo, cinco manchas que las recuerdo y siempre me han estado quemando, a este tigre lo conozco desde antes de conocer a cualquier otro. Pero no nació con esas manchas, esas manchas nacieron en su cuerpo no porque odiaba, sino porque amaba, te ama a tí, tigre, y me ama a mí, a pesar de que damos muerte y ama también a los que le hicieron esas quemaduras y a los que día a día se las vuelven a abrir y a quemar hasta convertírselas en llagas. Pero los tres nos parecemos en algo, somos completamente diferentes, distintos . . .

(Ahora con orgullo)

—pero los tres somos cazadores.—

(Con tristeza)

—Pero El caza para dar vida, nosotros cazamos para dar muerte.—

(Corre hacia la ventana y grita)

—¿Me oyen tigre? tú y yo sólo cazamos para dar muerte.—

(Regresa al centro de la sala, de pie)

—Ni tú ni yo conocemos el tiempo de perdón, el tiempo de humildad.—

(Va hacia el tigre que está en la pared)

—El no devora a nadie es devorado por todos.—

(Va hacia el tigre que está en el centro de la sala)

—El no caza para dar muerte, sino para dar vida.—

(Da vueltas por la habitación, mira a todas partes, temeroso. Se sienta, más tranquilo, dice)

—Pero ese Tigre del que ahora hablo se venga ahora de nosotros, nos hace crecer en angustia, pero nos lo advirtió, nos lo dijo como yo te lo digo a tí, tigre, nos dijo: “Caeré sobre vosotros cuando menos lo penséis, como un ladrón”, esas fueron sus palabras, las recuerdo como si fuera ayer, nos dijo que estuviéramos prevenidos, es un Tigre noble, un Tigre al cual me gustaría cazar. Nos previno y no podemos acusarlo ni culparlo.—

(Se pone de pie)

—¿Tigre, estás tú prevenido contra el Tigre?—

(A sí mismo)

—No me preguntes si yo estoy prevenido contra ese otro Tigre, suficiente angustia tengo con cazarte a tí.—

(Calla, da unas vueltas por la habitación, siempre temeroso, con cautela, como en espera de que algo o alguien caiga sobre él. Va de nuevo hacia la ventana).

—De tí no tengo miedo, pero sí del otro Tigre, porque es justo, por eso.—

(Después de un rato de silencio, en voz baja)

—Pero es un Tigre al cual me gustaría cazar y devorar.—

(Calla. Sonriéndose)

—Y es un Tigre por el cual me gustaría ser cazado y devorado.—

(Vuelve al centro de la habitación y se sienta en el sofá)

—Y esta vez no vendrá a nosotros para repartir el vino o partir el pan, vendrá en viaje de negocios, en viaje de caza, y no dejará escapar ninguna pieza. Nos esconderemos y nos hallará. El estará en todas partes con su enorme ojo mirándolo todo, a todos, estará en la montaña y en la ciudad, Ningún sitio será lugar seguro, aunque tapemos nuestro rostro con piedra y tierra, nos descubrirá, y gritaremos, pero nadie nos escuchará, porque cada uno estará tratando de escaparse de su garra. Tal vez a El no le guste este viaje, tal vez le gustaría vernos de nuevo, no para este asunto de la caza, sino para tomar un poco de vino y conversar con nosotros sobre muchas cosas.—

(Triste, resignado)

—Pero eso ya lo hizo una vez, sí, este viaje será diferente.—

(Va hacia donde está la escopeta y regresa a sentarse en el sofá. Acaricia la escopeta como si fuera un niño. La pone sobre la piel del tigre. Saca dos balas de su bolsillo y comienza a cargar la escopeta. Esta es la ceremonia de las balas. Toma una y dice)

—Esta bala penetrará tu cuerpo, te hará sangrar y gemir, pero no te matará.—

(Toma la otra bala y también la coloca en la escopeta)

—Esta bala pondrá oscuridad en tu ojo, quemará tu piel y la hará arder, pero no morirás.—

(Se levanta, la escopeta en la mano, busca alrededor del cuarto un blanco, apunta al público por unos momentos, luego se sienta y pone la escopeta a su lado, en el sofá)

—Me esperas más allá de los árboles, más allá de las raíces, pero yo tengo una bala para cada una de tus manchas roji-negras, roji-negras como quemaduras. Pronto sabrás lo que es tener una larga muerte, una larga agonía.—

(Comienza a inquietarse, mira alrededor del cuarto, asustado).

—Pero no, no estás aquí, el otro Tigre sí, ese está en todas partes alumbrando con su ojo que está en el centro del

triángulo, creciendo, esperando sin angustiarse porque tiene todo el tiempo, pero yo no tengo nada que ver con El en estos momentos, tú eres el tigre que me interesa. Voy hacia tí con el odio de todo un pueblo.—

(Grita)

—Tigre, tigre, tigre, no hay ninguna voz que te proteja, que te advierta, pero yo te lo digo: saldré para devorarte.—

(Silencio. El hombre agudiza el oído y comienzan ahora a oírse voces, primero lentamente, sin comprenderse lo que dicen, es como un murmullo, luego claramente)

#### LAS VOCES

**Tigre, tigre, tigre, ten cuidado,  
cuídate del odio que llevan sus ojos,  
del fuego que llevan sus ojos.**

(Las voces dejan de oírse, se pierden poco a poco hasta hacerse el silencio. El hombre está sorprendido, maravillado. Al público)

—¿Las oyen ustedes? ¿las oyen?. Son las voces del padre y del padre de su padre, pero no importa, vienen a prevenirlo, pero no importa, yo lo previne antes, porque soy noble, le dije: “Cuídate tigre, cuídate, porque saldré a devorarte”, así le dije.—

(Calla, luego grita).

—Tigre, te mandaré a los infiernos.—

(Más calmo)

—Te mandaré a reunirme con tu padre y con el padre de tu padre.—

(Silencio. Comienza ahora a escucharse el ruido del viento y el hombre se excita).

—El viento, lo oigo, se despierta para ver tu muerte: el árbol, el río, los pájaros, tus muertos y mis muertos verán tu muerte. El viento del norte comienza a soplar con fiereza y avaricia, el viento del este, del sur, del oeste. Comienzan a soplar, soplan incesantemente y dejarán de soplar hasta que estés muerto, tigre.—

(Se hace otra vez el silencio. Los vientos dejan de soplar y comienzan de nuevo a oírse las voces)

#### LAS VOCES

**Tigre, tigre, tigre, ten cuidado,  
nacerá la muerte de tus manchas roji-negras,  
de tus manchas roji-negras como quemaduras**

(Las voces se van apagando como en un murmullo. El hombre, exasperado).

—Griten más alto, voces, grítenle que saldré con la última estrella, díganle que se proteja, ¿me oyen tigre?, tal vez soy

menos listo que tú, pero soy más noble, te lo dije antes de las voces y te lo digo ahora.—

(Cantañdo con furia)

**Tigre, tigre, tigre, ten cuidado,  
saldré con la última estrella  
y abriré heridas sobre tus manchas  
y pondré agua de mar sobre tus manchas**

(Se calla y continúa, ahora con calma, hablando)

—Separaré la carne de tus huesos y luego quemaré tus huesos, los dispersaré a los cuatro vientos, y te buscarán y no te hallarán.—

(Ríe, calla y ríe de nuevo. Se pone de pie, pensativo, como si estuviera recordando algo, y de pronto comienza a buscar por toda la habitación, se agacha, tres, cuatro veces. Se sienta de nuevo, abre sus piernas como si colocara un tambor entre ellas y comienza a golpear como si efectivamente tuviera un tambor entre las piernas, se oye el tam-tam-tam, que hace él mismo con su voz. Está frenético y ríe enloquecido. Todo esto debe tener un ambiente primitivo, salvaje. Poco a poco disminuye el tam-tam-tam y el hombre deja de reír. Lleno de rencor)

—Con la piel de todos los hombres muertos me hago un tambor y llamo a todos los muertos para que vean tu muerte.—

(Pone el imaginario tambor sobre el sofá, se pone de pie y dice)

—Danzo la Danza de los Lamentos por todos mis muertos.—

(Da una vuelta alrededor del sofá, levantando las manos mientras grita y ríe. Vuelve al mismo lugar, o sea frente al sofá, de cara al público, mientras ha estado danzando se oye el tam-tam-tam—. Comienza a dar otra vuelta alrededor del sofá).

—Danzo la Danza de la Venganza para vengar a todos mis muertos.—

(Misma ceremonia, mismo ruido del tambor. Se sienta a descansar. Dice)

—No morirás, tigre, te daré una larga agonía. Me pedirás de rodillas la muerte que tendrás en todo tu cuerpo, y gemirás, pero no te daré la muerte, dejaré que ardas y te consumas por dentro y por fuera, y pondré agua de mar sobre tus heridas, y diré a tu oído los nombres de todos los que has devorado. Quiero verte retorcer de dolor, quiero ver tus ojos abiertos pidiéndome la muerte, sabrás lo que es sufrir, tigre, y en aquellos momentos desearás no haber nacido, o haber muerto en el vientre de tu madre, y la maldecirás, tigre, maldecirás a tu madre y a tu padre.—

(Calla, está lleno de odio)

—Por eso, porque diste muerte, no morirás en paz, pedirás la paz y no la tendrás, para morir en paz es necesario ser inocente.—

(Calla. La escopeta está en el sofá. Se pone de pie, cara al público, y comienza a decir como si fuera una oración)

—Voy hacia tí con el odio de todo un pueblo. No podrás esconderte ni escapar. Serás descubierto y sabrás lo que es correr en círculos que no llevan a ninguna parte sino a tu muerte. Lo escrito, escrito está: toda garra, toda bota cubierta de sangre será quemada, toda piel manchada con otra sangre que no sea la suya, será quemada. Darás vueltas y más vueltas y buscarás la muerte y buscarás el agua, pero no tendrás ni la muerte ni el agua, porque estarás en un país desierto, donde no hay agua ni leche ni miel, sino sol y arena. Este no es tiempo de engaños: la paga del pecado es la muerte. Estarás solo, tigre. No tendrás tiempo para nada. Estarás con tu larga agonía, con tu larga muerte sin ojos. No volverás a conocer ninguna otra mañana, ninguna otra noche, no volverás a acostarte con ninguna otra tigre.—

(Con decisión)

—Lo que tengamos que hacer, hagámoslo ya, tigre.—

(Toma la escopeta, se toca el cuchillo, es un hombre listo para salir de caza. El cuarto se ha ido llenando de luz poco a poco. Va hacia la ventana y mira).

—No se formó la cruz, desapareció la última estrella.—

(Regresa al centro de la habitación, camina unos cuantos pasos hacia la derecha del escenario, agachado, como si ya estuviera en acecho del tigre, pero luego regresa al centro de la habitación y lleno de cólera dice al público).

—Salgo ahora en busca del tigre, pero nadie sabrá quién caza a quien, esa es mi venganza contra todos ustedes. Nadie verá este tigre, aunque al otro todos lo veremos, aunque no nos guste, aunque no querramos, pero a este tigre sólo yo lo veré. Todos estamos de caza, todos tenemos un tigre que buscar y encontrar y devorar. Ustedes creen que sólo yo estoy de caza, pero se equivocan, una zarpa está sobre ustedes, una zarpa caerá sobre ustedes, si no esta noche, la próxima noche, y si no la próxima noche, cualquier otra noche. Y están unos ojos sobre todos ustedes . . .

(Ríe)

—unos ojos que no duermen nunca, que no se cierran nunca, y está al acecho, afilando su garra sin angustiarse.—

(Calla, siempre de cara al público)

—A mí un tigre me espera más allá del río, más allá de los árboles, pero trataré de ser más listo que él, y no me

devorará y si me devora, él también será devorado por mí, porque desde dentro lo voy a matar. Pero del otro tigre, de ese nadie escapará.—

(Hace una especie de bocina con sus manos y grita)

—Tigre, tigre, tigre.—

(Es una voz llena de angustia. Luego como si hablara consigo mismo)

**Tigre, tigre,  
ardiendo luminosamente  
en la selva de la noche**

(Luego continúa)

—No tengo nada más que hacer aquí, todo se cumple y llega el tiempo y lo que creíamos que nunca sucedería, sucede. Me gustaría que nada hubiera comenzado, que todo fuera un sueño, pero está la sangre y están los huesos de los hombres muertos.—

(Mira la piel del tigre que está en la pared, y la piel del tigre que está en el suelo, y dice con desaliento y tristeza)

—Y están ustedes—

(Va hacia la ventana y la limpia con la manga de la chaqueta. Mira el cielo)

—Ninguna estrella, ninguna cruz—

(Se retira un poco de la ventana y desde ahí dice)

—Sobre una cruz de sangre caminamos todos hacia más sangre.—

(Va hacia el tigre que está en la pared y lo mira, va hacia el tigre que está en el suelo y lo mira. Se toca el cuchillo y se toca la escopeta que lleva al hombro. Mira alrededor del cuarto como si buscara algo. Está en el centro del escenario, cara al público, se agacha, tiene la actitud de un hombre que está al acecho, mira al público, siempre agachado, dice)

—Vamos, todo está listo para esta caza—

(Comienza a salir hacia la derecha del escenario, siempre agachado, mientras va cayendo lentamente

el

**TELON**

**Madrid, 1964.**